

## Vía narrativa de la filosofía

Tomás DOMINGO MORATALLA  
IES M<sup>a</sup> Zambrano (Leganés)  
Prf. Invitado Universidad Comillas  
[tomasdm@universia.es](mailto:tomasdm@universia.es)

“Recrear: es decir, que nunca contamos fielmente los hechos, sino que siempre inventamos o modificamos algo, o lo que es lo mismo: a la experiencia real le añadimos la imaginaria, y eso es sobre todo lo que nos causa placer. El placer de añadir un cuerno al caballo y de que nos salga un unicornio. De ese modo, vivimos dos veces el mismo hecho: cuando lo vivimos y cuando lo contamos (...). La realidad nos pone en nuestro sitio; luego, nosotros, por medio de la narración, ponemos a la realidad en el suyo.”

L. LANDERO, *Entre líneas: el cuento o la vida*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 78.

Con estas páginas quisiera sugerir líneas posibles para un estilo filosófico. La filosofía no es un todo homogéneo, sino una pluralidad de posibilidades y perspectivas. No existe, pues, la filosofía, sino las filosofías, o más bien, como señalo en este trabajo, vías posibles en el recorrido de la filosofía. Dentro de estas vías me gustaría detenerme en la llamada vía narrativa de la filosofía. Se trata de una vía más entre otras, pero considero que es la más idónea para afrontar gran parte de los problemas a los que nos enfrentamos; la filosofía siempre ha querido responder, aunque sea de una manera teórica, a la realidad. La filosofía narrativa, la vía narrativa de la filosofía, es una manera de estar a la altura de nuestra realidad, a la altura de nuestro tiempo.

Al afirmar la existencia de una vía narrativa de la filosofía (o en la filosofía) nos estamos introduciendo de lleno en un montón de problemas, en un enjambre de dificultades. En primer lugar estamos apostando por una filosofía que no desdeña otros lugares distintos a los de la propia tradición filosófica para construirse; la filosofía no sólo vive de su propia historia sino que vive también, y sobre todo, de otras realidades, disciplinas o experiencias. En segundo lugar, adoptamos una visión de la narración, de la literatura, y en general del fenómeno artístico, abierta sobre el mundo y la vida; la narración no es un olvido del mundo, un apartarse o retirarse, sino un incidir en el mundo de una forma diferente, un mostrar posibilidades que el decir común no alcanza, y si se concibe como una retirada, siempre es una retirada para una vuelta posterior. Y si polémica es la forma de entender una filosofía que se aproxima a la narración —y la tiene en cuenta en su reflexión—, y una narración que no se concibe sólo como disfrute sino como conocimiento del mundo (quizás mediante este disfrute), tanto más polémica es la relación que se puede establecer entre ambas, entre filosofía y narración. La filosofía necesita de la narración; la filosofía se llena de experiencia y contenido al aproximarse al fenómeno narrativo y, por otro lado, la narración misma, la experiencia narrativa, apela a la filosofía. La narración “da que pensar” a la filosofía y la filosofía no puede abdicar de esta tarea ofrecida.

Por otro lado, al hablar de vía narrativa de la filosofía se está exigiendo una renovación de la filosofía, no tanto en sus temas, que también, sino en sus modos y estilos. Esto no quiere decir que la narración no haya sido tenida en cuenta por la reflexión filosófica, sobre todo actual. Lo que pide renovación es ante todo la práctica de la filosofía, la filosofía en sus prácticas. Además, al adoptar la vía narrativa podemos abordar de una forma apropiada y amplia otros temas tan actuales importantes como la cuestión de la complejidad, la diversidad cultural, la necesidad de diálogo y deliberación en las cuestiones que plantean las nuevas tecnologías o la fundamentación de una ética intercultural, entre otras muchas cuestiones.

La vía narrativa de la filosofía, o el giro narrativo de la filosofía, goza además de otras virtualidades. Al reflexionar sobre la narración o, mejor dicho, al tener en cuenta el elemento narrativo para nuestra reflexión, estamos sintonizando con grandes aportaciones de la filosofía contemporánea. La vía narrativa permite la elaboración de una nueva antropología al igual que la elaboración de una nueva ontología, de una nueva filosofía del mundo y de la experiencia. La consideración del elemento narrativo posibilita asumir gran parte de las aportaciones de la filosofía contemporánea. La filosofía contemporánea supone un gran avance y una novedad radical con respecto a las filosofías antiguas y modernas, sobre todo porque introduce temas nuevos como son el tema del lenguaje y el del tiempo. No podemos hacer en la actualidad una filosofía que no tenga en cuenta la condición lingüística y la condición histórica de la experiencia. Precisamente estos dos temas, lenguaje y tiempo, se aúnan en la narración. La vía narrativa de la filosofía es otra forma de decir y hacer una filosofía del lenguaje y una filosofía de la historia en la actualidad.

Pero no sólo es la antropología y la ontología, filosofía del lenguaje o de la historia, las que son renovadas, también lo es la teoría del conocimiento, y dicho de una manera más amplia, la manera de acercarnos al mundo, la manera de hacernos un mundo. Considerar el fenómeno narrativo en toda su envergadura supone considerar que las formas en que damos sentido al mundo; siguiendo la línea kantiana del conocimiento como aplicación de unas categorías, la línea nietzscheana del conocimiento como interpretación y la línea orteguiana del conocimiento como perspectiva, la narración es otra forma de decir “aplicación de categorías”, “interpretación” y “perspectiva”. La filosofía narrativa es otro nombre para lo que en la filosofía contemporánea se denomina “hermenéutica”.

La renovación de temas, siendo importante, no es lo único ni lo más fundamental. Como ha señalado antes, la narración conlleva un cambio en la forma en que la filosofía se hace presente en el mundo, es decir un cambio en las prácticas de la filosofía, las cuales afectan sobretodo a la dimensión educativa y a la dimensión ética. El modo de comprensión que se pone en juego en la narración, y que podemos llamar inteligencia narrativa o razón narrativa, implica cambiar nuestros esquemas educativos. Estos esquemas pedagógicos narrativos son más adecuados para educar en un mundo diverso y plural, pues el mundo, nuestro mundo globalizado, se mueve en una pluralidad de mundos, en una pluralidad de sentidos y narraciones.

Pero, ¿qué es la filosofía narrativa, una filosofía que cuenta con la narración? ¿Qué es, o qué puede ser, el pensar narrativo? Tras exponer brevemente lo que entiendo por pensar narrativo, paso a presentar de una forma panorámica algunas de las virtualidades o ganancias de esta vía del pensamiento.

## 1. El pensar narrativo

Siguiendo a J. Bruner<sup>1</sup> podemos distinguir dos modalidades de pensamiento o de funcionamiento cognitivo: el modo narrativo y el modo paradigmático (o lógico-científico). Son dos modos distintos de ordenar la experiencia o de construir la realidad. Estas dos formas de pensamiento son complementarias entre sí, pero son irreductibles. Por otra parte, intentar reducir una a otra sería un intento de cercenar la rica variedad del pensamiento humano. Son dos formas de pensar, dos formas de conocer, las cuales tienen principios funcionales distintos y también distintos criterios de corrección. No es lo mismo, ni se atienen a los mismos criterios, un buen relato y un argumento bien construido. Lo propio de la argumentación es la verificación, lo propio del relato o narración es la verosimilitud. Nos encontramos, pues, con dos formas distintas de acercarnos a la verdad: la verdad como verificación y la verdad como verosimilitud. Es un error considerable pensar que uno procede de otro, que uno es superior a otro, o que uno supone una depuración del otro.

Son dos modos de pensar que poseen lógicas diferentes; un mismo elemento lógico juega diferentes funciones en una forma de pensar narrativa y en una forma de pensar argumentativa; con esta última buscamos verdades universales, con la primera relaciones particulares. Por otro lado, tampoco podemos llevar la distancia hasta el extremo, pues las dos formas de pensar se entrelazan en numerosas ocasiones; así una narración necesita en ocasiones de argumentación lógica, y una argumentación científica comienza en ocasiones siendo un relato, basta referir el lugar tan importante de la imaginación en la formulación de hipótesis.

Para la *modalidad de pensamiento paradigmática* o lógico-científica se trata de cumplir el ideal de un sistema matemático, formal, descriptivo y explicativo. Busca la categorización o conceptualización. Su lenguaje está regulado por la coherencia y la no contradicción, su ámbito queda definido por lo observable, o bien por los mundos posibles generados lógicamente y consistentes en sí mismos. Esta modalidad de pensamiento, paradigmática, ha sido desarrollada por la cultura occidental. La lógica, la matemática, las ciencias y la propia filosofía son fruto de esta forma de pensar.

La *forma de pensar narrativa* se preocupa de las intenciones y acciones humanas, y de las vicisitudes y consecuencias del vivir humano. No busca niveles de abstracción, como la paradigmática, sino que trata de alcanzar lo particular contingente. El pensamiento narrativo se basa en una preocupación por la condición humana. Los relatos tienen desenlaces tristes o alegres, y nos conmueven o nos irritan; los argumentos teóricos y científicos son simplemente convincentes o no convincentes. Sabemos mucho de razonamiento lógico y científico, pero sabemos muy poco del pensamiento narrativo.

Defender un pensar narrativo es defender al mismo tiempo la pluralidad de hábitos mentales, es decir, distintas habilidades mentales, y entendemos por estas los diferentes modos en que nuestra mente lleva a cabo procesos de análisis y síntesis, de conexión y relación. No se trata ahora de optar por una forma de pensar frente a otra, sino de enriquecer la forma habitual de pensar, sea la que sea. Por otra parte, la tarea de

---

<sup>1</sup> “Dos modalidades de pensamiento”, en J. Bruner, *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Gedisa, Barcelona, 2004, pp. 23-53.

la educación es la de fomentar la pluralidad de hábitos mentales, “abrir las mentes”. La narración, la literatura, y el arte general, suponen apertura mental y el trato con hábitos mentales diferentes a los valorados exclusivamente por nuestra cultura y tradición, demasiado centrada en lo paradigmático. En esta misma línea merece la pena poner en relación esta defensa que hacemos del pensar narrativo con otras defensas de otros estilos de pensamiento, sin que ello suponga afirmar que compartamos completamente los presupuestos y conclusiones. Así, podemos reconocer que existe cierto aire de familia entre el pensar narrativo, que reivindicamos aquí, y el *pensar oriental* y el llamado *pensamiento femenino* o pensamiento de “simetría hemisférica”. ¿Cuál es este aire de familia? ¿Qué es el pensar oriental o el pensar de “simetría hemisférica”?

Durante muchos años se ha creído que todos poseemos ciertas capacidades innatas, ciertos procesos mentales básicos, más allá de las diferentes culturas. Así se ha defendido la llamada metáfora del ordenador. El cerebro sería el hardware del ordenador humano y los procesos mentales, hábitos o habilidades mentales, serían el software; uno y otro serían producto de la evolución biológica y actuarían sobre los diferentes datos y contenidos culturales. Según esta versión las diferencias culturales corresponden a diferentes datos. Sin embargo, la psicología más actual critica y cuestiona esta metáfora; los procesos mentales más básicos están marcados ya por la cultura.<sup>2</sup> Se puede hablar según los estudios psicológicos más recientes de una manera occidental de pensar y de una manera oriental. La manera occidental se encuentra formada en la tradición de la Grecia clásica; se trata de un pensar reduccionista que busca regularidades causales, lo cual lleva a modelos de mecánica y geometría axiomática. La tradición oriental es más holista. Las diferencias entre estas dos maneras de pensar no sólo una diferencia a la hora de percibir el mundo, sino que es también una diferencia en ciertos procesos cognitivos superiores. Para nosotros son obvias las reglas de la lógica básicas, la ley de la identidad, el principio de no contradicción o la ley del tercero excluido; pero esto que nos parece tan obvio no lo es tanto para la forma de pensar asiáticas, como han demostrado investigaciones recientes. Así frente a la lógica occidental puede desarrollarse un pensamiento dialéctico que defiende la importancia del cambio, la presencia de la contradicción y el principio del holismo. El pensamiento oriental valora más la paradoja, la contradicción y la perplejidad; el pensamiento occidental valora la claridad, la evidencia y la certeza.<sup>3</sup> La comparación con la distinción que hemos hecho, siguiendo a Bruner, entre pensar narrativo y pensar paradigmático va de suyo y es, en cierto sentido, sorprendente, o al menos curiosa.

De estos estudios psicológicos actuales se deduce que la cultura influye en nuestra forma de pensar, en la forma en que vemos el mundo y en la forma en que argumentamos. Esto no quiere decir que los occidentales no podamos pensar de una forma oriental o que los orientales no lo puedan hacer de una forma occidental. O que abogar por el pensar narrativo sea desechar el lógico-científico. No se trata de sustituir un reduccionismo por otro. Son dos formas de pensar posibles para todo ser humano, aunque cada cultura orienta en una dirección. Por ello cultivar otro hábito mental diferente al que estamos acostumbrados es ampliar nuestra mente (abrir nuestra mente, decíamos antes), ampliar nuestra visión del mundo, y adquirir más capacidad para resolver problemas y afrontar dificultades. La misma relación que observamos entre el pensamiento oriental y occidental puede ser aplicada a la distinción entre pensamiento narrativo y pensamiento lógico-científico. De igual manera, y entrando en una cuestión

<sup>2</sup> Cfr. U. Kühnen, “Pensar a la manera asiática”, *Mente y cerebro*, 6, 2004, pp. 84-88.

<sup>3</sup> R. E. Nisbett, *The Geography of Thought*, Nicholas Brealey Publ. Ltd., Londres, 2003.

mucho más espinosa, se podría hablar de una distinción entre un pensamiento asimétrico, con predominio del izquierdo, característico del cerebro masculino, y un pensamiento de simetría cerebral, propio de las mujeres. La distinción entre lo masculino y femenino a nivel cerebral no es tanto entre el uso de un hemisferio cerebral u otro, sino más bien de simetría o asimetría cerebral. La unión entre los dos hemisferios se lleva a cabo mediante haces de fibras nerviosas que constituyen el llamado cuerpo caloso, el cual es más robusto en el caso de la mujer, de lo que se infiere que los dos hemisferios están interrelacionados, interactúan; los varones son más asimétricos que las mujeres. Esta simetría permite reasignar funciones y una mayor plasticidad cerebral.<sup>4</sup>

No se trata de tirar por la borda toda una tradición de pensamiento y reflexión, sino de hacerla más amplia, de no rechazar posibilidades desconocidas. Hay que complementar lo occidental, que somos, con lo oriental; o complementar lo científico, en lo que ha incidido nuestra cultura, con lo narrativo, o lo masculino con lo femenino.

Por eso, podemos preguntarnos, centrándonos en nuestro tema, ¿por qué es importante la narración? ¿qué aporta el modo narrativo? Utilizando un término de Bruner podríamos decir que con la narración logramos “subjuntivizar” la realidad. El modo subjuntivo se emplea para denotar una acción o estado concebido, pero no realizados, y así, se utiliza para expresar un deseo, una orden o un suceso hipotético, posible. Por eso, al hablar de modo subjuntivo intercambiamos posibilidades humanas y no certidumbres o seguridades establecidas. Obsérvese la comparación posible entre lo occidental, buscador de certezas, y lo oriental, buscador de relaciones, complejidades y equilibrios inestables. Un mundo narrado produce, crea, un mundo subjuntivo, un mundo posible. La narración nos expone a dilemas, a hipótesis que están más allá de una lógica binaria apodíctica. La literatura hace el mundo más flexible y de igual manera, menos hecho y trivial y, por tanto, más susceptible para poder ser recreado, hecho de otra manera, es decir, transformado. El trato con lo literario otorga extrañeza, rompe con las evidencias, nos aproxima a lo incognoscible, nos presenta las cuestiones de valor a la razón y a la intuición.<sup>5</sup> Y como señala el propio Bruner la literatura “es un instrumento de la libertad, la luminosidad, la imaginación y, sí, la razón. Es nuestra única esperanza contra la larga noche gris”.<sup>6</sup>

## 2. Virtualidades de la filosofía narrativa

El pensar narrativo se presenta ante todo como una forma de pensar útil, aplicado, lleno de virtualidades y posibilidades. De entre estas virtualidades y posibilidades del pensar narrativo me gustaría señalar, sin ánimo de exhaustividad, algunas de ellas. En primer lugar, la narración nos da elementos muy valiosos para pensar nuestro mundo complejo y lleno de incertidumbres; en esta tarea el paradigma de la narración se acerca productivamente al paradigma de la complejidad, tan defendido

---

<sup>4</sup> Para un desarrollo de estos interesantes estudios cfr. M. Hausmann, “Varón o mujer: cuestión de simetría”, *Mente y cerebro*, 7, 2004, pp. 58-61; S. Baron-Cohen, *The essential difference: the truth about the male and female brain*, Perseus Books, Nueva York, 2003.

<sup>5</sup> Nótese cómo determinadas tradiciones de pensamiento han incidido en este elemento de extrañeza o sorpresa ante el mundo, de subjuntivización como dice Bruner; así ocurre con la fenomenología. No es algo distinto de esta subjuntivización, aunque en otro orden, el descubrimiento mayor de la fenomenología, la intencionalidad, y su método de variaciones imaginativas. La tradición fenomenológica está en la base de nuestra reivindicación del pensar narrativo.

<sup>6</sup> J. Bruner, op. cit. p. 160.

en la actualidad. En segundo lugar, la narración es un elemento que consideramos de capital importancia en la constitución de las llamadas éticas aplicadas; la razón narrativa integra la racionalidad práctica. En tercer lugar, y como fundamento de lo anteriormente expuesto, hay que señalar que tanto el poder de la narración para pensar nuestro mundo (primera virtualidad) como para pensar nuestra acción en él (segunda virtualidad), se basa en la estructura esencialmente narrativa de la vida humana; la narración puede convertirse en un paradigma tan poderoso para el pensamiento porque la vida humana es, de principio a fin, narración. Por último, no quiero dejar de terminar este despliegue del pensar narrativo sin aludir a las posibilidades pedagógicas que posee esta forma de pensar; el encuentro entre filosofía y narración está lleno de recursos didácticos para hacer que la filosofía en nuestro tiempo siga siendo algo vivo.

## **2.1. Complejidad y narración: dos paradigmas en juego**

La filosofía que aquí defiendo bajo la perspectiva de la narración es una filosofía que plantea problemas, lo cual implica vivir en la cercanía de las dificultades, y no evita la incertidumbre y la complejidad. Wittgenstein diferenciaba entre mostrar y decir. Señalaba que sólo las ciencias pueden decir lo que es la realidad y las cosas, pero esta realidad dicha es una realidad de cosas, palpable, física. La vida humana, no obstante, se las tiene que ver con un tipo de realidad muy diferente —casi en la mayor parte de las ocasiones—, por eso es más importante y fundamental para la vida aquello que no puede decirse. Ahora bien, aquello que no puede decirse no tiene por qué quedar oculto, sino que tiene que ser dicho de otra forma, de otra manera. Apelar a la narración, a los símbolos, o a los mitos, es una manera de rescatar formas de racionalidad distintas a las habituales en las que lo que no se puede decir intenta, al menos, mostrarse.

Una de las tareas que tiene nuestra época es la de acometer una serie de problemas que ella misma ha planteado y creado. Problemas como el desarrollo científico y tecnológico o la diversidad cultural no pueden dejarnos tranquilos y pensar que ya se solucionarán, o que no es cosa nuestra. Ocurre más bien al contrario: nos exigen un pensamiento, y comportamiento, más vivo y creativo, más dispuesto a la novedad y al salto adelante. A estos retos responde el paradigma de la narración y de la complejidad.

### **a) El paradigma de la complejidad**

La complejidad se presenta actualmente como un nuevo paradigma en que se aúnan esfuerzos reflexivos muy dispares. La defensa de la complejidad desde una perspectiva humanística ha sido lo habitual. Así frente a modelos explicativos, reduccionistas, los modelos más comprensivos han defendido tener en cuenta y no olvidarnos de la complejidad y ambigüedad de los asuntos humanos. Pero resulta hoy llamativo, y no poco sorprendente, que la reivindicación de la complejidad se haga desde disciplinas “científicas”, de las consideradas ciencias “duras”, y que esta defensa y apología se acompañe al mismo tiempo de una defensa de la narratividad y de la dimensión temporal.

La cuestión de la complejidad corre el mismo destino epistemológico que la de la narratividad. La nueva ciencia se interpreta en clave de complejidad y en clave de

narratividad. Así lo hace I. Prigogine (premio Nobel de Química de 1977),<sup>7</sup> quien se caracteriza por ser un intelectual sensible a la dimensión más humanística. El saber humano no puede entenderse si prescindimos de la ciencia pero tampoco si prescindimos de la reflexión sobre Dios o las cuestiones más existenciales. Plantear las cuestiones no quiere decir, por otra parte, tener una respuesta clara. El saber actual, complejo, múltiple, plural, no puede prescindir de la honestidad de vincular lo científico y lo humanístico. La complejidad del mundo no nos lleva a prescindir de la ciencia, al contrario, nos conduce a acercarnos más a la ciencia. La aproximación a la complejidad no puede hacerse prescindiendo de lo que hemos logrado ni lo que podemos lograr.

Para esa aproximación a la complejidad las disciplinas humanísticas tienen recursos de los que carecen las científicas, y uno de ellos es el tratamiento del tiempo. El tema del tiempo fue resuelto “demasiado fácilmente” por la física moderna mientras que la filosofía lo ha abordado de una manera más compleja y siempre en relación con la libertad humana. La distinta forma de abordar el problema (el tema) del tiempo es una forma de plantear la distinción entre la cultura científica y la humanística. La ciencia más actual, la ciencia que no tiene miedo a la complejidad, tal y como señala Prigogine, se caracteriza precisamente por integrar y plantearse el problema del tiempo tal y como lo ha hecho la tradición filosófica. Desde un punto de vista humanístico y científico no pueden parecernos sino ridículas las palabras de Einstein cuando afirmaba que “el problema del tiempo es una ilusión”.

Las ciencias naturales se desarrollan desde puntos de vista más abiertos que los defendidos, por ejemplo, por Newton, como sucede con la teoría del caos. Pero no se puede aplicar de manera directa los resultados de la teoría física del caos a los saberes humanos. Todo es más complejo. En las ciencias humanas la dimensión caótica, compleja o indeterminada es más básica y fundamental y pertenece, ya de entrada, al objeto de estudio.

### **b) Complejidad y narratividad: una nueva racionalidad desde las ciencias actuales**

Es necesario desarrollar una nueva racionalidad que ponga fin al dogmatismo de la razón. La nueva racionalidad habrá de acoger plenamente la idea de incertidumbre y complejidad. Será, por tanto, una racionalidad de la incertidumbre, de la inestabilidad, del caos. No se trata, pues, del fin de la ciencia, sólo, y no es poco, del fin de una forma de concebir la ciencia. Es la hora de una “nueva ciencia”. No es el final de la ciencia, sino la hora del cambio de la ciencia.

De esta forma podremos encontrar nuevas maneras de conectar ciencia y filosofía, un nuevo lenguaje capaz de expresar los nuevos problemas. Ante los nuevos problemas que la nueva ciencia plantea, la filosofía y las humanidades han de buscar y encontrar nuevas formas de expresión, ya que no valen las formas clásicas, pensadas precisamente la vieja física, la vieja ciencia.

El desarrollo de la ciencia occidental se ha basado en la idea de unas leyes de la naturaleza, y lo que tiene que hacer la mente humana es conocer esas leyes. De esa forma conoce, obedece, domina y puede modificar la naturaleza misma. Son leyes

---

<sup>7</sup> Cfr. I. Prigogine, I. Stengers, *La nueva alianza*, Alianza, Madrid, 1986.

universales, intemporales, ciertas, seguras. Las revoluciones físicas contemporáneas (física cuántica y teoría de la relatividad) no han abandonado esta misma mentalidad o creencia. En esta visión, en esta creencia o mito de la ciencia, tiene difícil cabida la idea de evolución, creación, cambio o devenir temporal. El tiempo es expulsado de la ciudad de las ciencias. Este dualismo de pensamiento, pensamiento que acoge el tiempo (humanidades) y pensamiento que lo expulsa (ciencias físicas), se ha potenciado desde el siglo XVII. La expresión máxima es la filosofía de Descartes, el cuál, al oponer la extensión de la naturaleza al pensamiento de la conciencia humana, está estableciendo dos mundos distintos e independientes. Es una idea que se refleja en algunos planteamientos científicos actuales, como es el caso de Hawking. Cada vez conocemos más la naturaleza, nos adentramos más en ella. Podríamos pensar, ilusoriamente — como es el caso de Hawking—, de que estamos a punto de conocerlo todo, que estamos a punto de conocer “la mente de Dios”.

El ideal de una racionalidad que tenga en cuenta la complejidad, tras los pasos de Prigogine, es alcanzar una visión evolutiva de la naturaleza, y no geométrica. No es una cuestión de preferencias. Hay que describir el universo o la naturaleza tal y como es y no como nos gustaría que fuese. Y resulta que en el universo hay incertidumbre, caos, azar, y complejidad. Habrá por eso que dar cuenta de ella, y no cerrar los ojos, aunque para eso tendremos que cambiar nuestra forma de pensar, nuestros hábitos mentales, como mencionaba al principio.

Las leyes científicas no tienen por qué expresar certezas, ojalá pudieran, sino que tienen que expresar “la apertura de lo posible”, la forma de ser de la propia naturaleza. Estamos al final de una época científica. Está terminando la época de la ciencia moderna, la que comenzó con Copérnico, Galileo y Descartes; es, en palabras de Prigogine, “un período glorioso pero que nos ha dejado una visión del mundo demasiado simplista”

La ciencia clásica daba valor y se basaba en factores de equilibrio, orden y estabilidad. Tener en cuenta otros factores (fluctuación e inestabilidad) debe significar el comienzo de una nueva racionalidad. Los grandes científicos modernos, ya sean los clásicos y fundadores como Leibniz o Descartes o los contemporáneos como Einstein o Hawking, tenían como misión alcanzar la certeza mediante una teoría unificada, una descripción geométrica del universo y, conseguido este objetivo, podremos deducir el conocimiento completo de la naturaleza. ¿Cuál fue su gran error? ¿De qué se olvidaron? A ojos de Prigogine del *elemento narrativo*, que está presente en todos los niveles. Interrumpimos una historia, como Scherezade, sólo para comenzar otra, pues la naturaleza nos ofrece narraciones insertas en otras narraciones; son historias inscritas en historias: la historia del universo, la historia de la vida, de la evolución, de nuestra propia vida, y en cada nivel hay surgimientos, novedades.

Para Prigogine la conclusión es clara: la dirección del tiempo, el elemento “narrativo”, ha de representar un papel esencial en la descripción de la naturaleza. Sentada esta premisa, el tiempo narrativo debe entonces incluirse en nuestra formulación de las leyes de la naturaleza. Estas leyes, tal y como Newton las formuló, pretendían expresar certezas. Ahora debemos hacer que expresen “posibilidades” que pueden o no llegar a realizarse en el futuro. Es una nueva concepción del universo la que nos encontramos: un universo “casi” inventivo y “casi” creativo. Podríamos decir que el ser humano y naturaleza se reconcilian después de siglos de dualismos

excluyentes (Descartes, Kant). Es llamativo, y nos anima en nuestras investigaciones, que este proyecto de racionalidad compleja y de defensa de la narración nos la encontremos en planteamientos físicos y biológicos, además de en planteamientos filosófico-especulativos, como es el caso de H. Jonas, H.-G. Gadamer, P. Ricoeur o J. Ortega y Gasset.

## **2.2. Sabiduría práctica, deliberación y razón hermenéutica**

### **a) Sabiduría práctica y conflicto moral**

Una buena forma de afrontar las cuestiones complejas a las que se ve forzada la filosofía en su dimensión ética pasa por una reivindicación de la prudencia, de la sabiduría práctica o del juicio moral en situación, como se ha llevado a cabo desde la tradición hermenéutica, y más en concreto por Paul Ricoeur. Esta reivindicación de la sabiduría práctica, verdadera contribución de Ricoeur a la filosofía moral, no es simplemente una vuelta a la filosofía aristotélica. Es un término recuperado por cierta tradición aristotélica, comunitarista y hermenéutica. En él, además, se encuentra desarrollada toda una filosofía narrativa.<sup>8</sup>

Ricoeur distingue entre ética y moral.<sup>9</sup> La *ética*, apelando a la tradición aristotélica, se define por el deseo de vida buena (con otros y para otros en instituciones justas); es la búsqueda de la felicidad. La *moral* hace alusión a lo obligatorio, aquí está presente la tradición kantiana. La ética tiene que ver, pues, con lo optativo; la moral con lo imperativo. Ricoeur defiende la primacía de la ética (de la felicidad). Ahora bien, es necesario pasar por lo imperativo y, por otra parte, la necesidad por parte de la norma de recurrir a lo optativo cuando hay un conflicto entre normas, y esto es lo que nos interesa de su planteamiento en este momento. Se trata pues de recurrir a la singularidad de las situaciones concretas. En este nivel es en el que se sitúa la sabiduría práctica o, dicho de otra manera, la sabiduría práctica es una vuelta a la felicidad, tema central de la ética, es decir, al fundamento de la ética, desde el conflicto normativo. La vida humana requiere de la sabiduría práctica porque los principios morales chocan entre sí y, por otra parte, porque confrontados a la complejidad de la vida humana no pueden dar cuenta de ella plenamente. La moral de la obligación no puede responder de manera adecuada a las situaciones conflictivas y la solución es recurrir al fondo ético, felicitante. La sabiduría práctica es el recurso a lo optativo (ética de la felicidad) ante las aporías de lo imperativo (ética del deber). Y ese fondo, la vida humana misma, más allá de deberes y normas, reviste complejidad y está envuelta en narración. La sabiduría práctica es por ello un ejercicio de deliberación práctica narrativa.

### **b) La deliberación: de los dilemas a los problemas**

A la hora de analizar los problemas éticos, la vida ética en su complejidad, se han propuesto diversos modelos de razonamiento, diversas formas en que puede ejercerse la racionalidad práctica. Retomando una distinción de Diego Gracia,<sup>10</sup> se

<sup>8</sup> Cfr. P. Ricoeur, *Tiempo y narración* I, II, y III, Cristiandad/Siglo XXI, Madrid, 1987-1990.

<sup>9</sup> La presentación más completa de la ética de Ricoeur nos la encontramos en su obra *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, México, 1996. Hemos elaborado una exposición exhaustiva de estos planteamientos en: “De la fenomenología a la ética”, en: VVAA. *Lecturas de Paul Ricoeur*, UPCo, Madrid, 1998, pp. 123-263.

<sup>10</sup> D. Gracia, “La deliberación moral. El papel de las metodologías en ética clínica”, pp. 21-41, en VV. AA., *Comités de ética asistencial*. Asociación de Bioética Fundamental y Clínica, Madrid, 2000.

puede decir que los conflictos éticos pueden analizarse de dos maneras diferentes, con dos estilos diferentes. Por un lado nos encontramos con el “modo dilemático”; por otro con el “modo problemático”. El método dilemático es el método de la decisión racional. El caso se presenta bajo la forma de un dilema; hay dos opciones y hay que elegir una, la mejor o la menos mala. El método problemático se fija más en el procedimiento que en la conclusión. Lo importante no es tanto la decisión a la que se llega, sino lo que se muestra, lo que se pone de relieve. Por otra parte en muchas cuestiones éticas no se llega a ninguna solución. Son, por tanto, dos modelos de análisis que implican dos formas de entender la razón práctica: una decisionista, otra deliberativa.<sup>11</sup>

Un conflicto ético, un caso ético, puede ser visto como “dilema” o como “problema”. Lo normal ha sido el planteamiento de “dilemas”. Se presentan dos posturas con argumentos contrapuestos, y al final, tras un periodo de balance se toma una decisión. Este modelo parte de la suposición de que los conflictos tienen respuesta y además una respuesta única. Hemos de insistir en la necesidad de evitar soluciones apresuradas y fáciles; es preferible dejar el conflicto abierto antes de cerrarlo en falso, y mantener abierto el conflicto de interpretaciones de una forma productiva. Es decir, se trata de mantener presente el paradigma de la complejidad.

En un dilema moral estamos ante un reto, sabemos que hay una respuesta, no la hayamos y estamos azorados. En esta situación la ética ha de socorrernos, inclinándonos hacia un lado o hacia otro. Esta es la mentalidad decisionista, y hemos de encontrar la forma de resolver el dilema. Nos encontramos ante razonamientos técnicos, no éticos (desde nuestro segundo modelo), como mucho nos hallamos ante el modelo del cálculo racional (maximizar preferencias, optimizar resultados). Pero un conflicto ético también puede verse como un “problema”. La palabra procede del verbo griego “pro-bállo” y significa “arrojar hacia delante”. El problema exige enfrentarnos a él, a aquello que se nos arroja, pero no se nos garantiza una respuesta, ni que las opciones sean dos, ni que la solución adoptada valga para todos, ni para siempre. Es una búsqueda de algo propio y adecuado. La mentalidad problemática parte de una concepción diferente de lo real; lo real es algo complejo, rico, difícil de abarcar. No tenemos la “sabiduría” necesaria, sólo contamos con la “búsqueda de la sabiduría”.

### **c) La “opinión recta”: una vuelta a Aristóteles, y a Platón**

Las cuestiones prácticas, los asuntos humanos son difíciles. No tenemos certidumbre, a lo más que podemos llegar es a la probabilidad. Por esto el razonamiento ético, la sabiduría práctica, no es cuestión de ciencia (episteme), que trata de lo inmutable y de lo que no puede ser de otra manera, sino de opinión (doxa). La opinión es menos que la ciencia, pero no es irracional, no se refiere a lo arbitrario. Se puede alcanzar una opinión verdadera mediante un uso recto, adecuado, de la razón (Platón, *Menón*). Aunque, claro, siempre es posible otra opinión, otra argumentación, siempre es posible la paradoja.

De los asuntos morales no podemos tener un saber parecido al de las matemáticas; no hay saber deductivo. Será un saber opinable y paradójico; siempre es posible otra opinión, otra interpretación, otra forma de narrar. La sabiduría práctica no

---

<sup>11</sup> La distinción entre dilemas y problemas o pensar dilemático (decisionista) y pensar problemático (deliberativo) es otra forma de recoger nuestras distinciones previas entre el pensar narrativo y el pensar paradigmático, el pensar oriental y el occidental, o el pensar simétrico y el asimétrico.

consiste en conocerlo todo, sino en actuar en contextos de incertidumbre; será una decisión incierta, probable, opinable, pues versa sobre lo que puede ser de otra manera: la acción humana (Aristóteles).

El proceso de deliberación bajo la forma problemática no es el de cuantificar, sopesar o medir, sino más bien el de argumentar o interpretar, es decir, se trata de una técnica hermenéutica. Con la hermenéutica fenomenológica se rechaza la idea de que exista una interpretación correcta; son posibles varias lecturas, aunque no todas son iguales. La hermenéutica, entendida como un proceso de deliberación problemática (no dilemática), se nos presenta guiada por un interés socrático más que sofístico o platónico. Se trata de ayudar, acompañar, problematizar, y de incordiar como un tábano y dejarnos en la perplejidad. Y esta es la razón, dicho sea de paso, por lo que este tipo de filosofía puede llegar a ser incómoda: problematiza, incomoda, hace pensar, abre y no cierra. El método hermenéutico y narrativo tiene que mediar, articular, establecer diálogos, poner en conexión discursos diferentes; da mucho que pensar y mucho que hacer.

#### **d) Ética aplicada, sabiduría práctica y método narrativo**

Tras la pluralidad de giros que envuelven a la filosofía, lingüístico, pragmático, nos vemos envueltos en otro, que podemos llamar “giro aplicado”; la vida misma, con sus problemas, parece llamar a las puertas del quehacer filosófico. Las urgencias nos ponen contra las cuerdas, ente la espada y la pared, y podemos afrontar los retos o quedarnos sumidos en nuestras disquisiciones filosóficas. La vía narrativa es un componente fundamental de este giro aplicado

La ética aplicada ha de responder a un modelo amplio de racionalidad (prudencial, narrativa, hermenéutica), pues ciertos ámbitos piden y reclaman modos de proceder distintos. También precisa un modelo refinado de deliberación que integre elementos problemáticos, en el sentido mencionado anteriormente, y narrativos. No sirve el modelo deductivo o paradigmático: partiríamos de unos axiomas que aplicaríamos a los casos concretos (se destaca el valor de la teoría, de los principios). Tampoco sirve el inductivo: utilización de criterios en los que coinciden todo el mundo. Ambos modelos, a pesar de sus diferencias, suelen caer en el abuso del dilematismo.

Desde los planteamientos que estamos desarrollando podríamos optar por un planteamiento que no fuera ni principialista puramente ni casuístico; entre uno y otro se encuentra el *modelo hermenéutico* o modelo narrativo. El modelo narrativo evita el deductivismo principialista y también el casuismo. Se aboga no tanto por partir de los casos sino más bien por las narraciones, es decir, los casos en contexto, se nos presenta coherencias narrativas, entramados; además, la vida humana ya cuenta con la narración. La bioética o la ética médica ha contado a lo largo de su historia con estas importantes intuiciones, que la vida humana no es sólo biológica sino biográfica, y que la enfermedad se sufre y padece biográficamente.<sup>12</sup> Además, el método narrativo dispone de un enorme poder sugerente, pedagógico (la literatura no deja de lanzar ayudas a la ética).

---

<sup>12</sup> En este sentido véase el trabajo de J. San Martín, “La necesidad de fundamentación filosófica de la bioética” o mi trabajo “Lectura bioética del ser humano. Autonomía y vulnerabilidad”, ambos recogidos en J. Choza, M<sup>a</sup> Luz Pintos (eds.), *Antropología y ética ante los retos de la biotecnología*, Thémata. Revista de Filosofía, Universidad de Sevilla, n<sup>o</sup> 33, 2004.

Además, la deliberación (sabiduría práctica, juicio moral en situación) no es la simple aplicación de unos principios generales a un caso concreto, ni tampoco la generalización de prácticas consideradas adecuadas, sino de un *proceso creativo de conocimiento*; más cercano al juicio reflexivo que al juicio determinante. Responde así al modelo problemático, que, en definitiva, es una forma de ejercer la razón práctica. Lo importante no es aplicar juicios aprendidos, sino *enseñar a juzgar*.

### e) La razón práctica-narrativa como razón crítica

La razón práctica ocupa el campo de estudio y trabajo de las más diferentes filosofías. La razón teórica ha cedido su puesto a la razón práctica. ¿Qué tipo de razón es el propio de la práctica, de los asuntos humanos? ¿Sirve la razón a guiar o conducir la vida humana? ¿Es un buen recurso? ¿Qué razón se presta a ser guía para la vida? ¿Puede ser la razón científica? La vía narrativa de la filosofía nos ofrece valiosos recursos para entender qué puede ser una racionalidad ampliada, una razón que ha salido de los estrechos límites en que ciertas tradiciones la han encerrado. La razón ha de contar con lo que no es ella; no hay razón pura, lo que hay es una razón impura, narrativa, poética, hermenéutica, entera, sintiente, íntegra.

La vía narrativa de la razón práctica se caracteriza por:

- dar cuenta de la amplitud de la actividad humana; desde la acción básica hasta la unidad de acciones, actividades vitales y planes de vida que constituye la unidad narrativa de una vida (desde lo individual a lo social);
- no olvidar el momento kantiano, aunque tampoco lo hipostasie; es necesario dar el paso por el momento kantiano por la necesidad de universalidad y, por otra parte, no olvidar nunca el elemento de creatividad, de creación, es decir, de libertad;
- el ejercicio de la razón práctica (hermenéutica, sabiduría práctica, juicio moral en situación) ha de respetar la especificidad de la acción humana y no querer aplicar un método que la traicione; su dominio es lo cambiante y desde el punto de vista epistemológico lo verosímil, lo probable (de ahí el recurso “necesario” a lo narrativo y literario);
- la razón práctica pierde su pretensión teórica de saber, pero gana una función crítica; quizás no es hora ya de hacer una crítica de la razón práctica, sino de utilizar la razón práctica como crítica y mostrar que siempre es posible narrar de otra manera, y que el mundo, al menos en parte, depende de nosotros.

### 2.3 Fundamento antropológico. La vida: un relato en busca de narrador

La narración se nos presenta como un recurso tan útil eficaz porque el ser humano está hecho de narraciones. Nuestra vida se nos pasa en contar cómo nos va la vida. Somos narraciones narrantes. No puede sorprender que la narración pueda ser un método tan eficaz y una vía tan “afortunada” para la filosofía si sopesamos el papel que la narración misma tiene en la vida humana.

Para el ser humano no basta vivir la vida, sino que ha de asumirla reflexiva y críticamente. “Una vida que no es examinada no es digna del hombre”, nos decía

Sócrates ya en los comienzos de la filosofía. Uno de los objetivos de la filosofía es conocer al ser humano, y conocerlo desde su carácter personal. Pero no sólo por afán teórico, sino para ayudarlo a encontrarse consigo mismo y vivir más humanamente, pues la filosofía es esfuerzo de humanidad. Pero para eso necesita un método válido.

Si queremos aproximarnos al devenir vital del ser humano y así dar cuenta de su identidad, hemos de hacerlo con un método adecuado; no nos puede valer un método que haya sido válido para otras tareas, como sería por ejemplo el método científico. El objeto de estudio que queremos comprender, la vida humana, se nos presenta como una realidad ambigua y equívoca, por tanto la forma de comprenderla será con un método que respete estas características, es decir, que no la distorsione. El método más adecuado para ello es el método narrativo, el cual nos proporciona una forma de leer la vida desde su complejidad y respetándola en lo que es.

Las narraciones son un buen método para acercarnos a la complejidad del vivir humano. Además, las narraciones ayudan a hacer de la vida biológica una vida biográfica. Nos ayudan a aclararnos, pues contando historias nos contamos a nosotros mismos, damos sentido: se lo damos al mundo y a nosotros mismos. De aquí surge la fascinación intemporal por la narración; ya sea bajo la forma de leyendas, cuentos, novelas o las más actuales aventuras cinematográficas. No puedo dejar de citar este texto de Luis Landero que muestra de una manera brillante la fascinación que sentimos ante la narración:

“Todos somos narradores y todos somos más o menos sabios en este arte. ¿Y cómo no habríamos de serlo si casi todo el tiempo que dedicamos a comunicarnos con el prójimo se nos va en contar lo que nos ha sucedido o lo que hemos soñado, imaginado o escuchado? Espontáneamente, instintivamente, el hombre es un narrador.

Todos somos Simbad, ese pacífico mercader que un día se embarca, sufre un naufragio y corre aventuras magníficas. Luego, pasados los años, regresa para siempre a Bagdad, retoma su vida ociosa y se dedica a referir sus andanzas a un selecto auditorio de amigos. ‘Vivir para contarlo’ se dice, y no otra cosa hace esa mujer que vuelve del mercado y le cuenta a la vecina lo que le acaba de ocurrir en la frutería. Ignoro por qué, pero nos complace narrar, recrear con palabras nuestras diarias peripecias, Recrear: es decir, que nunca contamos fielmente los hechos, sino que siempre inventamos o modificamos; o si se quiere: a la experiencia real le añadimos la imaginaria, y quizá sea eso lo que nos produce placer: el placer de agregar un cuerno al caballo y de que nos salga un unicornio. De ese modo vivimos dos veces el mismo episodio: cuando lo vivimos y cuando, al contarlo, nos adueñamos de él y nos convertimos fugazmente en demiurgos. Somos narradores por instinto de libertad, porque nos repugna la servidumbre de la propia condición humana en un mundo donde no suele haber sitio para nuestros deseos y nuestros afanes de verdad, de salvación y de plenitud.”<sup>13</sup>

Por medio de las narraciones que contamos y nos cuentan, aclaramos nuestra propia vida. Es por tanto un buen método, pues no sólo nos ayudan a conocernos, sino que responde a la estructura esencialmente narrativa de la vida humana. Pero no sólo somos narradores sino además narradores de nosotros mismos. Una vida es un fenómeno biológico mientras no sea interpretada, y en esa interpretación, la ficción desempeña un papel fundamental de mediación. Tenemos la tarea de tramar la vida, de construir nuestra biografía y personaje que somos.

---

<sup>13</sup> L. Landero, “¡A aprender al asilo!”, EL PAÍS, 3 de Enero de 1991.

El elemento fundamental de toda narración es la trama (la intriga). La trama es una síntesis llevada a cabo en la narración en la que se agrupan acontecimientos e incidentes múltiples formando una historia completa, con un principio, un desarrollo y un fin. La trama narrativa organiza componentes muy diversos: circunstancias, personajes, deseos, etc... Gracias a la trama obtenemos orden del desorden. De igual manera, nuestra vida ha de ser tramada; hemos de narrarla y sobre todo, narrárnosla a nosotros mismos. Narrando la vida, la examinamos y la hacemos vida humana. La identidad humana es así de principio a fin, de nacimiento a muerte, identidad narrativa. El medio de nuestra vida es la narración:

“A lo largo de la vida de cada día y de sus quehaceres vamos llevando a cabo el ‘quehacer’ en que consiste aquélla (...), consiste en un irse objetivamente configurando-desfigurando-reconfigurando. Pero visto desde uno mismo, este laborioso y titubeante *configurarse* es un *figurarse* (‘me figuro que...’), un imponer sentido a lo que hacemos... muchas veces después de haberlo hecho. Todos, de una manera balbuciente o articulada, nos vamos *contando*, cada día, la vida (...) la conciencia no es sino reflexión, re-flexión, vuelta y consideración de lo que hemos hecho, relato (*re-latum, re-fero*) a nosotros mismos de lo que hemos hecho, autonarración, memoria viva (...) todos consistimos en ‘textos vivos’ (...) Contar es como vivir y vivir es como contar(se), de tal modo que se da un perfecto recubrimiento del mundo de la experiencia por el mundo narrativo: somos o, al menos, nos figuramos ser nuestra novela, la ‘narración narrante’ de nuestra vida.”<sup>14</sup>

Contando y narrando podemos comprender mejor nuestro mundo y a nosotros mismos. La narración es un buen recurso para sentirnos libres, para dejar volar nuestra imaginación y así soñar posibilidades y al mismo tiempo soñarnos a nosotros mismos.

#### **2. 4. Educar en la vía narrativa de la filosofía: a modo de conclusión**

Quisiera plantear, aunque sea brevemente, la necesaria precaución que hay que mantener a la hora de relacionar filosofía con la literatura. La interrelación e imbricación que defendemos no es, ni puede ser en ningún momento, una anulación de cualquiera de ellas. Ni la filosofía puede borrarse ante lo narrativo, ni lo narrativo ser un simple ejemplo de la filosofía.

La relación entre narración y filosofía es compleja, y el lugar que ocupa la filosofía en la narración o la narración en la filosofía dependerá de lo que entendamos por una y otra. Desde la perspectiva de la filosofía, y más en concreto desde el profesor de filosofía, son tres las formas o maneras posibles de acercarse a lo narrativo: la forma didáctica o ejemplar, la forma estética y la forma hermenéutica. Sólo la tercera se corresponde con la vía narrativa de la filosofía que aquí he defendido.

##### **a) La manera didáctica o ejemplar**

Según este modelo o paradigma la filosofía es un saber claro y preciso, busca constantemente el rigor y se caracteriza por su orden lógico-deductivo. La filosofía avanza a través de explicaciones que son construidas pausadamente por el texto filosófico o por el profesor en su clase. El discurso filosófico, oral o escrito, es consistente por sí mismo y alcanza la verdad de una forma evidente. El hacer filosófico

---

<sup>14</sup> J.L. López Aranguren, *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*. Tecnos, Madrid, 1987, p. 61.

puede buscar mayor claridad para lo cual recurre al ejemplo, al relato, a la historia, o, como es el caso que puede tener un mayor uso en clase de filosofía, al cine.<sup>15</sup> La verdad filosófica ya está constituida y ahora sólo buscamos ilustraciones que afiancen lo sabido, aprendido y comprendido. Según este modelo la filosofía es previa al uso de las imágenes. La verdad filosófica es anterior a la “verdad” narrativa, y más importante que ella. La literatura, la ficción, o la película están sometidas a la filosofía. ¿Qué hace el profesor de filosofía “didáctico”? Explica un tema y para aclarar y afianzar lo explicado argumentativamente utiliza una narración o película que lo refleje. Es una posibilidad no desdeñable, pero criticable. Se corresponde con la forma de pensar paradigmática o científica.

### **b) La manera estética**

Otra forma de relacionar la narración con la filosofía es creer que la obra literaria (o cinematográfica) tiene ya por sí misma un contenido filosófico y “la verdad” se muestra en ella de una forma directa. Lo importante es sólo dejarse impregnar por la obra y dejarse imbuir por la experiencia estética. El mundo de la obra opera por sí mismo el trabajo filosófico. Para este paradigma lo fundamental es lo narrativo y no tanto la filosofía. Lo narrativo es ya filosofía. Lo que habría que hacer es dejar que los alumnos experimenten estética y lúdicamente la obra. Si en el modelo anterior el peso recaía sobre la filosofía, y la obra era sólo un ejemplo, ahora es la narración estética la protagonista y la labor de la filosofía queda recogida a mero dejar constancia de una verdad descubierta. En el límite, el modelo anterior tendería a eliminar lo narrativo, y este modelo tendería, por su parte, a borrar lo filosófico.

### **c) La manera hermenéutica o interpretativa**

Frente a uno y otro modelo, yo optaría por el modelo o manera hermenéutica o interpretativa. Para este modelo la narración (o cualquier experiencia estética) no es ya por sí mismo el descubrimiento de una verdad, ni tampoco es un simple ejemplo que aducimos en una explicación. La obra literaria (o cinematográfica) puede ayudarnos a descubrir la verdad filosófica; las imágenes pueden “empujar” nuestros conceptos a un mayor nivel, y a su vez estos pueden hacernos ver en una película elementos universales y “verdaderos”. La relación entre filosofía y narración no es de exclusión o sumisión, sino de interpretación. La experiencia estética sólo puede ser una experiencia de la verdad, de un problema o de una situación si es interpretada, es decir si es envuelta por el trabajo del concepto. Sólo desde este modelo es legítimo el uso de la narración en el aprendizaje filosófico, sin desvirtuar ni a la narración ni a la filosofía.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> Una presentación más amplia sobre las posibilidades pedagógicas de esta vía narrativa de la filosofía desde el punto de vista de la narración cinematográfica puede encontrarse en mi trabajo “Filosofía en el cine. Propuestas para ver y pensar”, *Al Sur*, nº 3, 2003, pp. 30-37. Muy útil y sugerente es el trabajo de J. Jiménez Pulido, *El cine como medio educativo*, Laberinto, Madrid, 1999.

<sup>16</sup> Eso es lo que he pretendido ofrecer en numerosos trabajos sobre enseñanza de la filosofía. Cfr. A. Domingo Moratalla, T. Domingo Moratalla, L. Feito Grande: *Areté. Filosofía I*, SM, Madrid, 2001; *Areté. Filosofía II (Historia de la filosofía)*, SM, Madrid, 2003; *Ética*, SM, Madrid, 2003; *Ciencia, tecnología y sociedad*, SM, Madrid, 1999.

	<b>DIDÁCTICA</b> (prioridad de la filosofía)	<b>ESTÉTICA</b> (prioridad de lo narrativo)	<b>HERMENÉUTICA</b> (equilibrio entre narración y filosofía)
<b>La <i>verdad</i> se encuentra en....</b>	La argumentación filosófica	La propia experiencia estética	El trabajo filosófico de interpretación de la obra
<b>La <i>filosofía</i>...</b>	Es suficiente por sí misma	Accesoria, comparado con la fuerza de la experiencia estética	Se concibe como comprensión del mundo de la obra
<b>La <i>narración</i> es...</b>	Un recurso	Fuente de verdad	Posibilidad para alcanzar la verdad
<b>El papel del profesor es...</b>	Exponer la "verdad", y ejemplificar	Callar ante la experiencia estética	Acompañar filosóficamente la experiencia estética alumbradora de verdad

La vía narrativa de la filosofía es un camino en el viajar filosófico. La tensión entre narración (experiencia estética) y filosofía ha de ser mantenida para que este caminar sea productivo. Sólo así la narración llevará a la filosofía a "pensar más" y de formas aún por descubrir. Sólo así la filosofía se acercará a lo más esencial de la vida, eso que sólo la narración puede decir, que si me lo preguntan no lo sé y sí lo sé si no me lo preguntan: el tiempo.